
Nuevas generaciones, nuevas relaciones

Fabio Coronado Padilla, FSC
Alberto Prada Sanmiguel, FSC

Resumen

Dejándose interpelar por las realidades de su Instituto y por las nuevas sensibilidades de los jóvenes religiosos que ingresan, permanecen o abandonan su estilo de vida comunitaria particular, dos Hermanos Lasallistas hacen una aproximación psicológica, una mirada educativa y una lectura de fe de la impronta que las nuevas generaciones han ido dejando en la transformación de la vida fraterna vivida en comunidad. Comparten en primer lugar el análisis de los factores por los cuales los Hermanos jóvenes abandonan la vida comunitaria. Luego su reflexión se orienta a intentar describir la nueva relacionalidad afectivo-comunitaria que emerge en ese diálogo intergeneracional que es toda vida comunitaria. Finalmente, posicionándose como generación adulta y sintiéndose corresponsables de la construcción de comunidades inclusivas, proponen cinco caminos que pueden contribuir a enriquecer la dimensión humano-relacional de la Vida Consagrada.

Deixando-se interpelar pelas realidades de seu Instituto e pelas novas sensibilidades dos jovens religiosos que ingressam, permanecem ou abandonam seu estilo de vida comunitária particular, dois Irmãos Lassalistas fazem uma aproximação psicológica, uma olhada educativa e uma leitura de fé dos rastos que as novas gerações foram deixando na transformação da vida fraterna vivida em comunidade. Compartem em primeiro lugar a análise dos fatores pelos quais os Irmãos jovens abandonam a vida comunitária. Logo sua reflexão se orienta a tentar descrever a nova forma afetivo-comunitária de relacionar-se que emerge nesse diálogo entre as gerações que é toda vida comunitária. Finalmente, posicionando-se como geração adulta e sentindo-se co-responsável pela construção de comunidades inclusivas, propõe cinco caminhos que podem contribuir para enriquecer a dimensão humano-relacional da Vida Consagrada.

Quienes respondemos cotidianamente a una vocación comunitaria, sea vivida en fraternidad o en sororidad, quedamos sorprendidos en la medida en que la tomamos en serio, pues con el pasar de los años ella nos demanda una entrega total, y unas respuestas cada vez más exigentes. Escribiendo estas páginas recordábamos a una joven profesora que había decidido contraer matrimonio; sus compañeros al enterarse se alegraron mucho y la felicitaban. Pero uno de ellos repentinamente la interpeló con la siguiente pregunta: “¿Es que se cansó de ser soltera?” y su respuesta fulminante celebrada por los demás fue: “¡No, opté por la vida en pareja!”. También nos vino a la memoria la pregunta que una mamá le hizo a su hijo delante de los acompañantes vocacionales cuando la visitaban en su casa: “¿Es

que a usted no le gustan las mujeres?”, y con una seguridad impresionante le respondió: “¡Sí me gustan, lo que pasa es que opté por la vida comunitaria!”. Seguramente cada uno de nosotros tenemos nuestra propia historia al respecto. Ella es el momento fundante del inicio del caminar dentro de un estilo particular de vida comunitaria que sigue expresando el “ven y sígueme”, que incluso, después de haberlo dejado todo, se transforma en llamada permanente a un itinerario de crecimiento en madurez y en plenitud.

Pero si bien esta es una realidad propia de la naturaleza profunda de la Vida Consagrada (VC), también lo es el hecho de que unos perseveran en ese camino fundante y otros no. En el devenir histórico de nuestra comunidad de Hermanos, ratificada por estadísticas llevadas año tras año, ninguna generación de novicios ha llegado completa a la profesión perpetua, más aún, ninguna generación de profesos perpetuos en su totalidad ha culminado su vida terrena con nosotros. Es una experiencia de la cual solo pueden hablar los que la han vivido, sentir cómo los compañeros de sueños e ilusiones van tomando otro camino y nos van abandonando. Ante lo inexplicable de la vivencia, no resta sino el arrojarse en la manos de la Providencia, recordar el primer llamado, el sí inicial generoso... y continuar.

Desde la fe, responder la pregunta por qué unos perseveran y otros no en la vida comunitaria, es un misterio que el Evangelio expresa así: “No me han elegido ustedes a mí, sino que yo los he elegido a ustedes” (Jn 15, 16). Desde nuestro Fundador la respuesta es distinta, una

constante insistencia en revisar las motivaciones profundas de por qué se entra en la comunidad y por qué se continúa en ella. Si dichas motivaciones están de acuerdo con la voluntad de Dios la tarea es potenciarlas, pero si se descubren otras más cercanas a los intereses mundanos, el propósito es reorientarlas. La pregunta, entonces, no es ¿por qué se fueron los que se fueron? sino ¿por qué nos quedamos los que nos quedamos?

Solamente logra perseverar en su vocación a la vida comunitaria quien tenga respuestas sólidas a interrogante tan fundamental, así podrá vivir de convicciones profundas. Por ejemplo: *Nos quedamos para seguir al Señor más de cerca*. Todos somos llamados a seguir a Jesús, pero no todos son llamados a seguirlo de la misma manera. Hay diversos modos de seguir a Jesús, en eso el Evangelio es muy claro. Sin embargo, algunos fueron llamados a seguir al Señor más de cerca, y si lo meditan profundamente hoy en su oración, encontrarán que ese es el plus que hace la diferencia de quien hace parte de la vida consagrada. *Abandonar todo* (cf. Mc 10, 28), *renunciar a los bienes* (cf. Mt 19, 21), *confiar en la providencia* (cf. Mt 6, 34), etc... y todo ello para seguir al Señor más de cerca.

Nos quedamos para vivir el amor sin límites. Que no es otra cosa que el radicalismo típico de la VC. Amar sin límites, servir sin límites, gastar la vida por la causa del Reino sin límites. Jesús pide a algunos renuncias inmediatas y radicales (cf. Lc 5, 28), mientras a otros no (cf. Lc 19, 1-10). A algunos les ofrece compartir toda la vida (cf. Mc 10, 29) a otros no (cf. Mc 5, 19). Todos los cristia-

nos están llamados a vivir la totalidad del Evangelio de manera plena y auténtica, todos debemos seguirlo con pasión, pero quienes se consagran enteramente a él lo deben hacer sin límites.

O si se prefiere, la respuesta de uno de nuestros Superiores Generales, el Hermano Charles Henry, a quien le gustaba usarla y comentarla en sus conferencias y retiros: *Un Hermano joven está listo para hacer la Profesión Perpetua cuando es capaz de preocuparse más, no tanto por la realización de su propio proyecto personal de vida, sino cuando su centro de interés es el celo ardiente por contribuir a la realización del proyecto de vida de los demás, especialmente de los más pobres.*

Pero si bien todo lo anterior es cierto, no nos deja satisfechos. Como educadores, permanentemente nos vemos confrontados con los retos y desafíos que nos plantean las sucesivas generaciones de jóvenes que pasan por nuestras manos, y de entre ellos, Dios sigue llamando al sacerdocio, a la Vida Religiosa femenina y masculina, para hacer vocacionados a la vida comunitaria en sus múltiples estilos. Como consecuencia, constantemente tenemos que dejarnos interpelar por ellos y cuestionar nuestra vida, pues se trata de discernir la palabra nueva que los jóvenes traen a la VC de siempre.

1. UNA MIRADA DESDE NUESTRA REALIDAD

Es por ello por lo que en nuestro Instituto nos hicimos la siguiente pregunta: ¿Por qué se marchan los Hermanos Jóvenes que han profesado reciente-

mente? Fijamos un arco de tiempo cuyo eje central fue el cambio de milenio, investigamos, analizamos los resultados y concluimos lo que les compartimos a cotinucción. Los abandonos de la VC son inevitables, aun en los Institutos religiosos sanos y de gran vitalidad. Para nuestro caso, en los últimos 10 años 735 Hermanos abandonaron el Instituto, de los cuales 91 eran menores de 35 años, y sólo tenían 5 años de profesión perpetua como máximo, es una situación que nos lleva a pensar y hacer propuestas para mejorar nuestras relaciones afectivas y fraternas, con el fin de seguir respondiendo con fidelidad creativa a la misión del Instituto, anunciar el evangelio a los más pobres a través de la educación. Los factores que percibimos como más influyentes para las salidas fueron los siguientes:

1.1 Las dificultades afectivas y la imposibilidad de llevar el celibato

- ❖ **Integración de la afectividad:** Hace relación a los conflictos inherentes a los sujetos, por su dificultad de integrar su afectividad en el contexto de la Vida Religiosa, que incluye el celibato consagrado. También se refiere a que las condiciones de vida o el ministerio hagan difícil tal integración. No parece que sea el ministerio una variable primordial en las razones serias para el abandono, parece ser más el contexto de vida, en este caso, la comunidad.
- ❖ **Disposición de enamorarse:** No se puede fácilmente decir que la comunidad no ayuda a la integración afectiva celibataria en el joven re-

ligioso, sino que también hay otro punto de vista que es necesario resaltar. Cuando sinceramente se realiza el compromiso por la VC y su relevante compromiso celibatario, se podría decir que, cada sujeto cierra el abanico de posibilidades de donación de su corazón a alguien distinto a Jesucristo, sus Hermanos y la misión al servicio de otros, a través del ministerio de la educación cristiana. Y este cierre implica que no está en busca de “enamorarse”, puesto que está “ya comprometido”. ¡Está “encantado” con su compromiso!

¿Qué es lo que quita la “pasión”? Cuando los compromisos en la comunidad se hacen de “mínimos” y no hay una sana tensión de exigencia para ayudar a las personas a no caer en la mediocridad personal, este contexto facilita el “desencanto”. La “pasión” puede ser que se vuelque en el ministerio, la saturación de compromisos “apostólicos” es evidente entre las nuevas generaciones, pero en la realidad es una huida del compromiso de llevar “juntos y por asociación” la misión del Instituto. Si la soledad se hace insoportable y se tiene la dolorosa experiencia de la comunidad como “nido vacío” (me estoy quedando sólo y por lo tanto, sálvese el que pueda), el joven Hermano hace un proceso de “abrirse” para ser querido. Se pone en la “disposición de enamorarse”.

- ❖ **El celibato, un don:** Otros casos de salidas, porque el celibato se les hace imposible, tienen que ver

con el insuficiente discernimiento de si Dios les habrá concedido el don del celibato, si los ha llamado y convocado para vivir este estado de vida bautismal. Es un signo de que Dios no llama al celibato, cuando su don no se manifiesta en una tensión, sana, alegre y llevadera, sino que ella produce desequilibrio y desazón constante, a pesar de los medios que la ascesis y la sabiduría cristiana recomiendan.

1.2 La vida comunitaria

¿Tienen que ver los abandonos con defectos estructurales, que sofocan el carisma institucional y los carismas personales? o ¿tienen que ver con un clima espiritual donde no es posible la sanación y la recuperación? o ¿con condiciones comunitarias internas que hacen difícil el trabajo en y por la comunidad? o ¿las dificultades en entender y saber cómo afrontar ciertos problemas?

- ❖ **La burocratización de la vida:** Los defectos estructurales que sofocan el carisma tienen que ver con esa formalización de normas, objetivos, estrategias y medios, que convierten la organización requerida en una comunidad burocrática, mucho más importante que las personas y sus dinamismos innovadores. Priman la tradición, las reglas, la historia y las cosas que se tienen. Si además, ello es reforzado por una influencia excesiva de la escuela que funciona muy cerca de la casa de la Comunidad y que la misma Comunidad anima, tenemos la misma realidad vivida en dos frentes: al interior, en la comunidad, y al exterior, en

las actividades educativas y pastorales dependientes de la escuela. Por ello, las nuevas generaciones se quejan, de lo pesado que son las cargas burocráticas en estas instituciones, por el excesivo papeleo y demandas organizativas que poca relación tienen con la misión a la que se han comprometido.

- ❖ **Integrar y sanar:** El clima comunitario debe acentuar la presencia de algo más allá de la convivencia, la presencia de lo sagrado, de la trascendencia del vivir juntos. Con los elementos que positivamente construyen comunidad, como: la existencia de un proyecto que sea incluyente, que promueva la calidad de la vida, que ayude a centrar la vida en lo fundamental que es Jesucristo, que facilite compartir la experiencia de Dios en nuestra vida, deben además existir, mecanismos que fomenten la sanación y la recuperación. El Hermano herido o que ha caído, no encuentra los mecanismos comunitarios accesibles para su recuperación y su reinserción comunitaria. El clima que se genera es de mutua exclusión.
- ❖ **La comunidad como sistema:** La comunidad es un sistema y los miembros considerados “desadaptados”, expresan que algo no funciona en la comunidad, especialmente cuando el esfuerzo de integración dura bastante tiempo. El Hermano “desadaptado” da una sintomatología particular como reacción al clima comunitario y a las relaciones que se tejen en su grupo de pertenencia. Generalmente para ese grupo comu-

nitario es más fácil prescindir de ese miembro, ya que incomoda y tensiona la comunidad. Es la base de los cambios de Hermanos de una comunidad a otra por “problemas” en la anterior comunidad. Antes de llegar el Hermano a su nuevo grupo comunitario al cual fue destinado, llega su “paquete” de rotulaciones. Decimos que “el problema” lo hemos trasladado, no que lo hemos resuelto. Resolverlo no es ponerlo en “time-out” para que él discierna; que es decir, “o te acomodas o mejor te vas”. Es trabajar con las relaciones comunitarias y sus estructuraciones que dañan a la gente, para que sanen e integren a las personas.

- ❖ **La misión, un trabajo pesado:** Las condiciones comunitarias pueden hacer pesado el trabajo, hacia dentro y hacia fuera de la comunidad. La vitalidad del carisma sufre mella cuando la vida en común y la misión que desarrolla la comunidad no es reconocida socialmente, es considerada, la vida de hombres célibes viviendo en común, como algo raro y desviado, y el ejercicio de su ministerio educativo, como un trabajo más, no significativo. La Vida Religiosa puede ser comprendida si la visión de la comunidad de fe se fusiona con las genuinas aspiraciones humanitarias que suelen atraer a los hombres y a las mujeres.

1.3 Difícil llevar los compromisos de la Vida Consagrada

- ❖ **Compromisos temporales:** Viviendo en una sociedad pluralista y con una promoción relativista de los va-

lores, el joven Hermano encuentra que también en su Instituto se dan de hecho “compromisos temporales”. Mentores o exitosos Hermanos, dejan el Instituto, organizándose en su nuevo estado seglar de manera adaptativa.

- ❖ **Influencia cultural dominante:** Por otro lado, no ha sido entrenado para compromisos duraderos a largo plazo, donde la paciencia, la estabilidad, la perseverancia, el tesón y el esfuerzo son necesarios, sino que influenciado por el ambiente de la sensibilidad de las generaciones de iguales, adopta los valores del mundo en que vive: lo provisorio, lo sensible, lo desechable.
- ❖ **La irrelevancia:** Al mismo tiempo encuentra que hoy en el Instituto, nada es exclusivo en las funciones dadas a los Hermanos, especialmente en la misión. “Podría ser, pero todavía no”, que los Hermanos nos convirtamos en movimiento contracultural dinámico que rete los patrones materialistas. Pero en la realidad, el Hermano encuentra que su vida y la de los otros Hermanos es irrelevante para las nuevas generaciones. No encuentra suficientes modelos imitables que encarnen el carisma del Instituto.

1.4 Dificultades de personalidad

- ❖ **Crecer en libertad:** En buen número de casos, la salida del Instituto del joven Hermano es considerada por algunos de ellos como lo mejor para su personalidad, tranquilidad y coherencia de vida. Consideran que

no podrían seguir viviendo en una aceptación pasiva de las responsabilidades, sin haber sido plenamente conscientes y comprometidos en ello. Es el lado positivo de la salida del Hermano, ya que la salida es la expresión del crecimiento en la libertad personal de un Hermano

- ❖ **La salud mental:** Otros casos tienen que ver con reales disfunciones de personalidad. La expresión de estas personalidades se hacen sentir especialmente en el mundo comunitario: en las relaciones interpersonales, en las dificultades para los acuerdos, en la imposibilidad de vivir juntos, en la dificultad del trabajo en equipo. A nivel de misión: en las disfuncionales relaciones interpersonales con el personal que comparte la misión, con los alumnos, con el personal que ayuda y colabora en la obra educativa.
- ❖ **La necesidad del discernimiento:** El aspecto preocupante tiene que ver con los procesos de discernimiento personal y comunitario, que manifiestan claramente en estos casos, que dicho discernimiento, o no existe o es inadecuado o es superficial. Es muy cuestionante el papel de quienes toman decisiones en la admisión al postulante, en el paso al noviciado, en la aceptación a primeros votos, en la aprobación para la renovación y en la admisión para los votos perpetuos.

Como el discernimiento es de doble vía, el acompañamiento personal y comunitario no cumple el servicio que la persona que se siente voca-

cionada espera: que le ayuden delante de Dios a conocer cuál es su voluntad para con él.

1.5 Pérdida del sentido de la vida y de las motivaciones de fe

La pertenencia a la comunidad ancla su motivación fundamental en la auto-trascendencia. La existencia de cada Hermano hace referencia a algo que no somos nosotros mismos, sino una experiencia con otra persona, Jesucristo. Para el Instituto, es el espíritu que le es propio, el espíritu de fe del que se entrega al Otro para servir a los otros.

Cuando tantos Hermanos que solicitan salir del Instituto expresan que han perdido el sentido de su vida, las motivaciones primeras que los acercaron al Instituto, expresan que ven su vida en una clave diferente a la clave propuesta por la comunidad, para ser miembro vivo del cuerpo de la sociedad.

Los Hermanos al expresarlo, manifiestan una frustración existencial, una sensación de vacío. ¿Qué lo ha producido o causado? Al no tener ningún impulso que les diga qué hacer, ni “estructuras”, como en las épocas pasadas, o las tradiciones que guíen sus actos, entonces no tienen sino dos alternativas posibles: desear aquello que hacen los demás, o hacer lo que los demás desean. El sentido no puede ser ofrecido, sino que cada persona debe encontrarlo para su vida, y por eso es legítimo, que estos Hermanos busquen aquello que le dé significado a su existencia.

¿Podremos definirle el sentido a alguien? No, no lo podemos, porque cada Hermano es el que lo debe buscar. Pero sí puede la comunidad ofrecer como inspiración, la vida de tantos hombres en el Instituto que encontraron sentido a su existencia y fueron felices, fecundos y fieles, viviendo la asociación para el servicio educativo de los más pobres.

2. JÓVENES, AFECTIVIDAD Y COMUNIDAD

Las nuevas generaciones de jóvenes religiosos que han ingresado a nuestra comunidad en los últimos 25 años, muchos de los cuales ya no hacen parte de nuestro proyecto de vida comunitaria, con sus sensibilidades nuevas y su manera de posicionarse original frente a los temas fundamentales de la VC (los pobres, la contemplación, la consagración, la vida en común, la justicia, la afectividad, la sexualidad, etc.) han impactado para bien o para mal la vida comunitaria. Cabe la pregunta ¿quién cambió a quien? ¿La vida comunitaria clásica tejida de contraculturalidad y profetismo logró tocar el corazón de las nuevas culturas juveniles que ingresaron a nuestras casas de formación? o por el contrario, ¿la condición juvenil de nuevo cuño con sus riquezas y debilidades oxigenó y recreo, o tristemente contaminó y asfixió el *aggiornamento*, la renovación y la refundación de la VC postconciliar?

De acuerdo al estudio en mención los factores causantes del mayor número de abandonos de Hermanos en nues-

tro Instituto son los concernientes a lo afectivo y a lo comunitario, que no son otra cosa que la dimensión humano-relacional de nuestra vida.

Tradicionalmente la formación para la VC en asuntos de castidad y celibato consagrados puso su énfasis en un enfoque casuístico moralizante negativo, concretizado en el evitar caídas, en prohibir y en evitar conductas “impuras” y en una formación para escapar de la tentación y de las faltas; dejando de lado un enfoque verdaderamente positivo de crecimiento en el amor, la madurez y la realización gozosa de la dimensión afectivo-sexual.

Al mismo tiempo, el acento de la vida fraterna no estaba en la comunidad como espacio y ambiente gratificante afectivo, sino en las renunciaciones y ascesis propias de la vida en común hasta el punto de inspirarse en el aforismo “máxima penitencia, vida en común”. La vida fraterna en comunidad no era vista como el mejor sostén de la madurez y el crecimiento en el amor, sino como el medio para el fiel ejercicio de la regularidad y la puntual vivencia de la Regla.

Durante las últimas décadas la VC cambió, quitó lo que tenía que quitar, y por ello en asuntos de educación en la castidad y el celibato consagrado, como en asuntos de vida comunitaria, se quedó al descampado. En cuestiones de afectividad, fraternidad y sexualidad no reemplazó lo que suprimió. No ha sido igualmente creativa y propositiva como lo fue, por ejemplo, en los campos de la misión y el compromiso con los más empobrecidos y la lucha por la justicia.

Educación en la castidad y el celibato consagrado es un desafío de hoy y de siempre tanto en las casas de formación como en la formación permanente, pues ello es el fundamento *sine qua non* para la construcción de un tejido comunitario pleno y gratificante para todos. Sin embargo hay indicadores que muestran que algo está ocurriendo en las nuevas generaciones de jóvenes en cuanto a su manera de sentir, asumir y expresar lo afectivo-comunitario que invita a repensar y replantear el tema tanto a nivel teórico como práctico. Entre dichos indicadores podemos percibir los siguientes:

- ❖ La desertión de los jóvenes, tanto de las casas de formación como de los primeros años en comunidad, tiene como causa más frecuente situaciones relacionadas con lo afectivo-sexual, o con la insatisfacción de la vivencia comunitaria.
- ❖ Un número significativo de los jóvenes religiosos presentan comportamientos afectivo-sexuales y fraternos que no corresponden con la opción fundamental que manifiestan haber asumido.
- ❖ Aun cuando se vive en un mundo donde ya no es un tabú el tema afectivo-sexual, sin embargo casi no se habla del tema en las casas de formación y en las fraternidades.
- ❖ Cuando los jóvenes formandos se “arriesgan” a verbalizar el asunto, se perciben lagunas conceptuales, dudas, y angustia en cuanto a cómo manejar los asuntos relacionados con lo afectivo-sexual.

- ❖ Cuando los jóvenes formandos son interrogados por otros jóvenes o adultos sobre sus vivencias y opciones en torno a lo afectivo-sexual, quedan cuestionados y se encuentran “cortos” a la hora de responderles.
 - ❖ Los jóvenes religiosos expresan verbalmente, de múltiples maneras, que lo que más les atrae de la actual vida consagrada, entre otras cosas, es la fraternidad alegre, gozosa y plenificante; pero a su vez, cuando se ven abocados a vivirla con sus compañeros de casa de formación o ya insertos en comunidades apostólicas, se constituye en el factor número uno de conflictos intergeneracionales.
 - ❖ Se percibe que los jóvenes llegan a las casas de formación con grandes vacíos afectivos de orden familiar (por separación de los padres, por haber vivido solos, por ser hijo único, por experiencias de relaciones con otras personas no suficientemente asumidas e integradas, etc...) y quieren llenarlos con expresiones de afecto posesivas con sus compañeros o con sus formadores.
 - ❖ Si por una parte se percibe que en algunos centros educativos de donde proceden los jóvenes formandos, siguieron un cualificado programa de educación para la vida afectiva, familiar y sexual; en la mayoría no, con sus consecuentes vacíos y lagunas. Al mismo tiempo, las casas de formación, al menos explícitamente, no tienen estrategias alternativas de formación al respecto.
 - ❖ El ambiente ideológico tanto de los medios de comunicación social como de la sociedad colombiana y mundial es pendular en su posición ante el tema de la castidad y el celibato consagrados, y la opción por la vida fraterna en comunidad. Una franja pareciera comenzar a revalorizarla mientras otra no cree en la posibilidad real de su vivencia por quienes han hecho voto público por esta opción. Los publicitados “escándalos” afectivo-sexuales de quienes se llaman “consagrados” siembran grandes dudas e inseguridades en los jóvenes. Ante esta situación implícita los jóvenes formandos también se mueven en extremos: ¿Si se debe vivir o no? ¿Es tan solo una cuestión opcional? ¿Qué es lo permitido y qué es lo prohibido?
 - ❖ Al interior de la misma Iglesia los debates son polémicos; uno, porque la realidad de la sociedad ha cambiado vertiginosamente; y otro, porque con la misma celeridad no ha migrado la Iglesia en sus cosmovisiones y planteamientos en asuntos afectivo-sexuales. El abismo es muy grande, y las nuevas generaciones perciben su toma de posición fuera de contexto. Es justo reconocerlo.
- Nos encontramos entonces en un momento histórico con unas culturas juveniles diferentes a las del siglo pasado. Sin embargo Dios sigue llamando. Ingresan a nuestras comunidades jóvenes con sus lógicas, discursos e imaginarios propios. No basta una mirada adultocéntrica, como la que hemos descrito hasta el momento, sino que también requerimos de los referentes esbozados a partir de

los mismos jóvenes. Los jóvenes no se ven como los vemos los adultos, tienen otros saberes, otras éticas, otras estéticas construidas por ellos mismos. Su condición juvenil se manifiesta a través de una razón sensible, otra manera de comprender la realidad, en donde se piensa desde el cuerpo, situado, encarnado en el aquí y ahora. La música es el elemento clave para entender qué sienten, qué piensan y cómo son.

Hacer diálogo intergeneracional, no desde la experiencia del adulto (como quien lo sabe todo), sino desde los mismos jóvenes, es el camino para recrear hoy la vida fraterna, pasar por la triada: escucha, reconocimiento y comunicación. Escucha atenta de las sensibilidades de las nuevas generaciones. Reconocimiento de las semillas nuevas con las cuales nos llegan. Comunicación franca que no es otra que un diálogo de generaciones y de culturas, la de los adultos y la de los jóvenes; un diálogo de generaciones, confrontación entre dos mundos, el del adulto portador de sabiduría, tradición y experiencia, y el del joven plétórico de utopía, rebeldía y novedad, para que en la mutua interacción puedan reconocerse y transformarse.

Ahora bien, es también una realidad de la Vida Religiosa contemporánea que ese diálogo intergeneracional se encuentra bloqueado. Es un diálogo de sordos porque no se escucha al otro, o un diálogo de mudos, porque pudiendo hablar, solo nos encontramos en las reuniones con grandes silencios de unos para con los otros. Podríamos entonces preguntarnos ¿La comunidad de fe que nos reúne no ha logrado generar unas relaciones afectivas nuevas? ¿La comu-

nidad de vida que nos hace Hermanos se encuentra herida e imposibilitada para interactuar?

Toma de conciencia y sinceridad al afrontar nuestro presente ha sido el camino validado por la VC de siempre, para acercarse cada vez más al ideal evangélico de una vida comunitaria que siempre tendrá como referente el sueño del Reino, que pasa por unas fraternidades y sororidades integradas por personas conscientes de sus posibilidades y limitaciones, que en caridad se ayudan mutuamente a acercarse al ideal de unas relaciones afectivas y fraternas remozadas en la vivencia del amor maduro y pleno.

3. COMO RELIGIOSOS ADULTOS ¿QUÉ LES PODEMOS OFRECER A LOS JÓVENES?

El sueño del Reino es el que sigue y seguirá teniendo el poder congregante y aglutinador capaz de hacer que un grupo de personas de las más diversas procedencias, de las más diversas edades, y de la más diversa manera de ser y pensar, puedan convivir fraternalmente y que su testimonio siga interpelando a los otros hasta poder exclamar en este siglo XXI como en los tiempos apostólicos “mirad cómo se aman”. Tal vez ese desdibujarse o ese descenso de talante energético de nuestras vidas está haciendo que el sueño del Reino por el cual iniciamos el apasionante camino de la vida comunitaria haya perdido su vigor.

Retornar a nuestras fuentes fraternas es urgente. Comenzar por revitalizar la amistad, inspirados en los antiguos sabios para quienes “la amistad, es la igualdad”, “el amigo es una sola alma

que habita dos cuerpos” porque “entre amigos todo es común”. Luego pasar por el sueño del Reino expresado en el Salmo 133 (132) *¡Oh, qué bueno, qué dulce, habitar los hermanos todos juntos!* o en el evangélico: *Tenían todo en común* (Hch 2, 44), *no había entre ellos ningún necesitado* (Hch 4, 34), *no tenían sino un solo corazón y una sola alma* (Hch 4, 32) *y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad* (Hch 4, 35). Hasta retomar en cada congregación el estilo fraterno que le es propio. El de monjes y monjas: “en soledad, hacer comunidad con Dios”; el pacomiano: “hacer un solo corazón con el hermano, habitar juntos como uno solo”; el basiliano: “el amor a Dios exige el amor al prójimo, y a través del amor al prójimo se llega al amor de Dios”; el agustiniano: “unidad entre los hermanos y plenitud de vida en Dios”; el ignaciano: “amigos en el señor para ser dispersados”; o el nuestro, el lasallista, con su característico “espíritu de comunidad” definido como “juntos de la mañana a la noche”. Y muchos más.

Cuánto bien haría a la VC latinoamericana y caribeña, que nuestras hermanas continuaran escribiendo sobre cómo entienden y viven su sororidad. Tendríamos mucho que aprenderles en ternura, en cariño, en saber consensuar, en perdonar, en amar, en dejar de ser menos androcéntricos. Reconocemos nuestras limitaciones al respecto. Precisamente ese es uno de los grandes valores que aportan las nuevas generaciones de jóvenes que nos llegan, van más allá del uso de un lenguaje inclusivo, son más radicales, exigen que en cuestiones de género cada uno pueda

expresarse con su propio lenguaje, con su propia cosmovisión, mostrarse tal y como es, sin más arandelas. Su cultura juvenil está impregnada de una aceptación de lo diverso inmensa. Reclaman una vida comunitaria inclusiva más allá de la feminidad y la masculinidad, de la ginecocracia o de la androcrazia, y esto sí que anuncia unas relaciones intergeneracionales totalmente novedosas.

Entonces como generación adulta corresponsable con la construcción de comunidades inclusivas ¿qué les podemos ofrecer a los jóvenes? Básicamente cinco experiencias: un estilo de vida, un acompañamiento, el descentramiento de sí, la entrega generosa y la inserción. Comentarlas a continuación dará cierre a nuestra reflexión.

3.1 Un estilo de vida

Quizá lo más rico que les podemos brindar a las nuevas generaciones de jóvenes es sencilla y llanamente, ese estilo de vida en el que se encarnan los ideales de nuestro propio estilo fraterno, y en el que los jóvenes religiosos podrán encontrar un ambiente propicio para dar un paso más hacia la madurez y el realismo. No se trata de crear algo nuevo y especial para los hermanos jóvenes que llegan. Se trata más bien de insertarlos en nuestra comunidad tal como es, porque aun en medio de sus limitaciones, ellas también son elemento formativo de crecimiento y aprendizaje.

3.2 Un acompañamiento

Es en contacto con la realidad, con la comunidad real y con la realidad del trabajo apostólico, como los jóvenes

religiosos van a poder dar respuesta a muchas preguntas que la vida les va a ir poniendo delante. La realidad de la propia comunidad, de la obra apostólica, de la sociedad, de los más empobrecidos les va a estar cuestionando muchos valores y principios. Ellos tienen que fraguar sus respuestas, tienen que ir afirmando su propia identidad. Es en ese caminar acompañado donde cada joven religioso irá encontrando su propia personalidad como consagrado, y entonces se decidirá a consagrarse enteramente al Señor de por vida. Si no logra encontrarla se retira.

3.3 El descentramiento de sí

Que consiste en el pasar de una vida centrada sobre aquello que el joven religioso espera egoístamente de ella, a una vida centrada sobre aquello que los otros esperan de ella; en el lograr relativizar las situaciones personales para dar mayor espacio a aquello que se refiere a los otros, de modo que la necesidad del otro se vuelva el centro de las propias preocupaciones.

El descentramiento de sí mismo se va logrando en la medida en que crece la capacidad de: a) relativizar los propios criterios sin que por esto se pierda la propia identidad; b) comunicarse personalmente con los otros Hermanos sin llegar necesariamente a una “uniformidad ideológica” con ellos; c) maleabilidad personal, empatía, comprensión y tolerancia en las relaciones humanas con todos.

En el plano de la vida de fe, este descentramiento debe ser acompañado del descubrimiento progresivo de la presen-

cia de Dios en el mundo y en la historia. Se debe alcanzar el pasaje de la percepción de Dios presente en la propia persona a la percepción de Dios presente en la realidad que está fuera de sí.

3.4 La entrega generosa

Los signos de un progresivo crecimiento en la verdadera autodonación se manifiestan en la capacidad creciente de: a) disciplinarse personalmente, lo que permite al Hermano responsabilizarse de aquello que hace, evitando el ser absorbido por la propia actividad; b) trabajar bien sin necesidad de “mostrarse”, hacerlo en equipo; c) afrontar las dificultades como si se tratara de un ejercicio, por sí mismo gozoso, de la propia vocación, al igual que en las ocasiones de duda o de toma de decisiones.

No se debe confundir autodonación con el activismo desenfrenado. No siempre la abnegación y la dedicación al servicio de los otros se originan en una auténtica y generosa entrega de sí. La entrega de Jesús fue permanente y total, hasta dar la propia vida sin ningún protagonismo.

3.5 La inserción

El trabajo de “discernimiento” y de entrega generosa no es otra cosa que el inicio de una dinámica que tiene por fin vivir la inmersión en la realidad según el espíritu de la inserción, que consiste en asumir para transformar. Tal espíritu se manifiesta: a) en la aceptación progresiva y alegre de los límites: insertarse es limitarse; b) en el paso de la mera “intención” a lo concreto de la oración, de la vida comunitaria y del apostolado; c) en la aceptación progresiva de la

posibilidad que ofrece la realidad y el consiguiente abandono de la denuncia

sistemática, aparentemente solo profética, de sus carencias.

